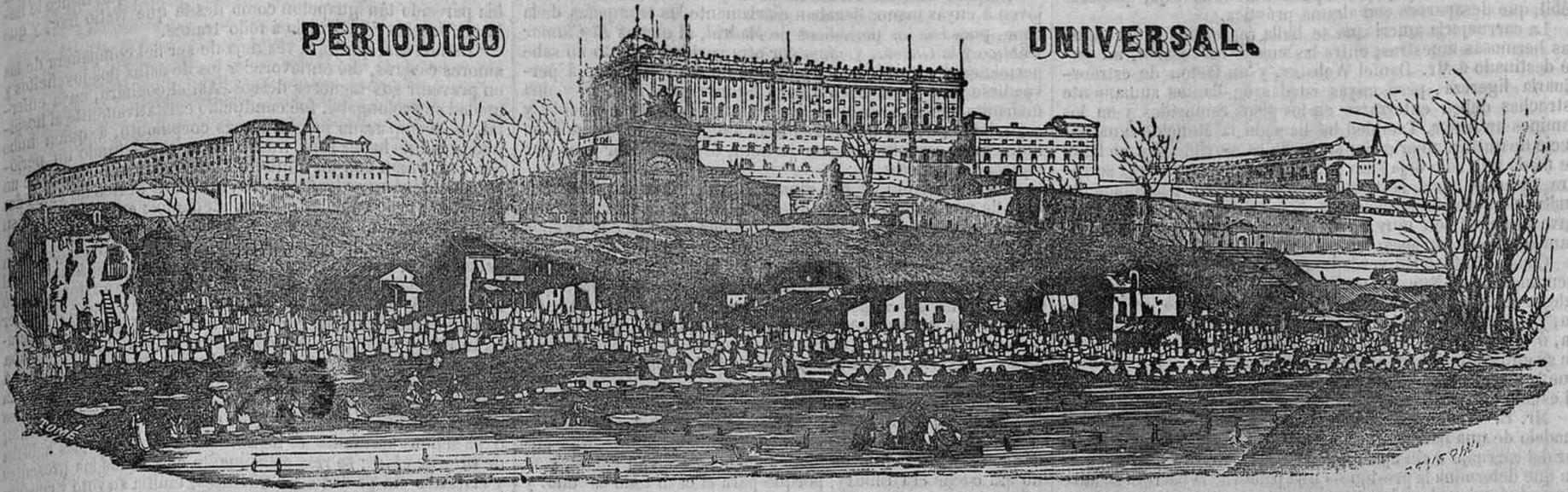


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 47.—SÁBADO 22 DE NOVIEMBRE DE 1851.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 50.

## REVISTA DE LA ESPOSICION

DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

### ARTÍCULO III.

Los instrumentos de precision espuestos por los Estados de la Union americana, son poco numerosos, y casi todos inventados por el capitán Erricson: algunos de ellos, sin embargo, merecen un exámen particular. Debemos colocar en primer término la balanza del profesor Alejandro D. Bache, adoptada ya en todas las casas de moneda de la América del Norte. Aunque de grandes dimensiones, tiene una sensibilidad tan esquisita, que indica perfectamente la diez milésima parte de una onza: con él están los marcos de los diferentes pesos que se usan en el Norte. Si á las demás naciones esponentes hubiese ocurrido la misma idea, fácil hubiera sido establecer, por medio de un cálculo científico, la relacion exacta de todas las medidas de superficie ó de capacidad que hoy están admitidas en todos los pueblos del mundo, y rectificar las tablas, por lo comun equivocadas, que de ellas nos presentan tanto los viajeros como los geógrafos. Este hubiera sido por otra parte el primer paso, tal vez el mas importante, hácia la unidad de pesos y medidas, que debe apeteerse y esperarse en interés del comercio y de la industria, lo mismo que en beneficio del consumo.

El barómetro *alarma* del capitán Erricson nos ha parecido una invencion preciosa, no solo para la navegacion, sino para las observaciones y para los sabios, á quienes se confian espediciones meteorológicas. Cuando la presion atmosférica hace bajar el mercurio mas que los 28 grados, un fiador determina inmediatamente la caída de un martillo, que golpea sobre cierto timbre metálico, llamando de este modo la atencion del observador distraído, ó del sabio á quien ocupa otra operacion menos importante. Si atendemos á las repentinas variaciones que experimenta algunas veces la atmósfera, sin que el menor signo precursor las anuncie de antemano, comprendemos muy bien de cuánta utilidad puede ser este instrumento para el marino á quien amenaza violenta tempestad en latitudes difíciles, para el aeróstata conducido por un globo de lienzo has-

ta las regiones del rayo, y para el sabio que se pierde entre los astros buscando algun planeta desconocido, en tanto que una horrible convulsion atmosférica se prepara á derrumbar el frágil observatorio en que acaba de colocar su telescopio.

El mismo inventor ha espuesto tambien un plomo de sonda, provisto de un tubo de cristal graduado, que indica la profundidad á que ha bajado aquel, por la altura del agua que la presion atmosférica hace subir al tubo. Una válvula colocada en la parte inferior del instrumento permite vaciar el agua para volver á comenzar de nuevo la operacion.

No hablaremos aquí del motor que el capitán Erricson ha presentado con el nombre de *calórico mecánico*, porque esta máquina no ha sido creada todavia, y el inventor por consiguiente no puede entregar su descripcion al público. Tampoco ha podido ponerse en movimiento dentro del palacio de la Esposicion, porque descansa sobre el principio de la dilatacion del aire por el calor, y está, como se sabe, prohibido encender fuego en el edificio de Hyde-Park.

La relojería americana se parece mucho á la comun que se fabrica en las montañas de la Selva-Negra. Esta es la opinion de los criticos franceses, y añaden que los emigrados alemanes trasportaron sin duda esta industria al Nuevo-Mundo. Esto no obstante, se fabrican sobremanera los marinos por su seguridad y duracion, y uno de esos relojes, semejante en apariencia á los demás, revela desde luego una nueva invencion de Mr. A. de Creves, invencion que nadie se detiene á examinar, porque en Europa es preciso ser y parecer al mismo tiempo, para aspirar al honor y al beneficio de la discusion.

Mr. Kuemerle ha enviado un registro que ha merecido la aprobacion de Jenny Lind. Semejante invencion no podia ser premiada por autoridad mas competente, y hé aqui otra industria manual sacrificada por el dominio de la mecánica. ¿Qué va á ser del talento de sociedad de esos *dilettanti*, que saben precisamente la música indispensable para seguir con la vista el canto de una *prima donna* y volver oportunamente la hoja?

La patria de Franklin debía remitir por precision muestras de para-rayos. Debemos á MM. Spratt y Janes, de Cincinnati (Ohio) algunos de estos con muchos ramales, que deben atraer la electricidad atmosférica con mas fuerza que los para-rayos comunes. Esta invencion es poco aplicable á Inglaterra, en cuyo clima no se producen grandes tempestades; pero la perfeccion á que ha llegado será sin duda alguna apreciada en los países mas meridionales, y sobre todo en Suiza, donde abusan del para-rayos hasta el punto de colocar media docena de ellos en una misma casa.

Los americanos han espuesto asimismo un telégrafo doméstico, destinado á reemplazar los juegos de campanillas en las grandes fondas. Es un mueblecito que puede colocarse sobre una consola en las oficinas de un establecimiento público. Al punto que un viajero tira del cordón de su aposento, resuena el único timbre del telégrafo, y aparece en el cuadrante el número correspondiente á la habitacion donde ha llamado.

Mr. John H. Bobitt, de Nueva-York, ha traído una caja de imprenta con nuevas divisiones, de modo que ciertos monosílabos como *él*, *de*, *ya*, *sin*, *et*, *cétera*. Se hallan fundidos en una sola pieza y colocados en sus cajetines particulares. Mu-



Grupo de relojes

cho tiempo hace que se intentó en Europa esta modificación, abandonándose en seguida, tal vez para siempre, por haberse alegado que no facilita el trabajo del compositor, en lo cual no podemos convenir, y que complica mucho la caja, pretexto débil, que desaparece con alguna práctica.

La carruajería americana se halla representada por algunas hermosas muestras, entre las cuales sobresalen, un cupé destinado á Mr. Daniel Webster, y un faeton de extraordinaria ligereza, pero cuyas ruedas de llantas sumamente estrechas deben enterrarse en los pisos removidos y en los caminos arenosos. También ha llamado la atención una especie de quitrín americano: su fuelle es movable y se adelanta de modo que solo deja sitio para dos personas, pero si se retira girando hácia la trasera, se acomodan perfectamente cuatro personas en los asientos. Los arneses espuestos en la nave principal son muy ricos, pero ganarian mucho en elegancia, si no estuviesen tan sobrecargados de adornos.

Como originalidad verdaderamente americana, Mr. C. L. Dennington, de Nueva-York, ha espuesto el modelo de una iglesia flotante, que existe realmente en el puerto de Filadelfia, y se ve frecuentada por los marinos que llegan de arriba, ó van á darse á la vela. Los gastos de su construcción y de su entretenimiento, así como los emolumentos del capellan que la sirve, proceden de donativos voluntarios, recogidos en el estado de Pensilvania y en los inmediatos.

Mr. E. Woolman, de Damarcoville (Ohio), ha enviado el modelo de una barrera, que se puede abrir ó cerrar, sin bajar del carruaje ó sin apearse del caballo. Se tira de una cuerda que determina la presión de una palanca; la barrera se abre sin trabajo girando sobre sus goznes y se cierra del mismo modo. Esta invención es utilísima en Inglaterra, cuyos caminos están obstruidos por innumerables obstáculos de esta clase, que á veces es peligroso abrir, cuando se monta un caballo receloso.

La cedadería americana hace recordar la de Alemania, el Tirol y la Suiza: en una palabra, todo lo que produce este género de fabricación, tan útil para el campo y para los establecimientos rurales. También la casa E. Pages, de Nueva-York y de Boston, ha presentado como muestras de una industria sencilla y primitiva dos viradores de una sola pieza, de veinte y seis pies de longitud, y varios remos comunes.

Hay muchas hachas y útiles de herrería enviados por MM. Simmoms y compañía, de Nueva-York, y Brown y Wells, de Filadelfia. Mr. J. D. Chevalier, de la primera ciudad, ha espuesto instrumentos de cirugía de una ejecución notable. y Mr. S. G. Pooley, de Nueva-York, cuchillos microscópicos.

La colección de instrumentos de música, remitida por la Union, se ha enriquecido con uno nuevo que ha alborotado todas las cabezas por su construcción singular y por la perfección que anuncia en los instrumentos de orquesta. Es un piano-violin, inventado por Mr. J. S. Wood, de la Virginia. El gran defecto que hasta ahora se ha achacado al piano es la falta de transición entre sus sonidos, al paso que en los instrumentos de viento y de arco las notas se funden armoniosamente unas en otras por la persistencia de las vibraciones sonoras. Mr. Wood ha hecho desaparecer este inconveniente, añadiendo al piano un violin, sobre el que obran dos pares de arcos puestos en movimiento por una báscula que menea el pie del pianista. El teclado produce las notas del piano ó las del violin, en solos, ó las de ambos instrumentos unidos. Ciertamente que los sonidos de este instrumento nada tienen de agradables, pero él indica ya un progreso, que recibirá del tiempo la última mano.

Si ahora se pregunta qué Estados de la Union americana son los que mas han espuesto, contestaremos que en general los del Norte, y que entre estos, ocupa el primer lugar el de Nueva-York. En efecto, este Estado ha remitido máquinas agrícolas é industriales, granos y harinas, instrumentos de precisión y quincallería, armas, planos, paños y hules. Pensilvania llega despues con sus herramientas, jabones, perfumerías, productos químicos, lámparas, instrumentos de música, papeles pintados, muebles, minerales y carbones de piedra.

El Ohio ofrece sus para-rayos, maices, tabacos, vinos, aceites de lardo, harinas, máquinas y conservas alimenticias; Massachussets, Nueva-Hampshire y Rhode-Island sus colonias é indianas estampadas; Tennesse su algodón en rama; la Carolina del Sur sus algodones, su arroz y sus carruajes; Nueva-Jersey sus minerales de zinc y su óxido de zinc para la pintura; Indiana sus máquinas agrícolas; Vermont sus azúcares de arce; Misouri y Virginia sus minerales, tabacos y sillerías.

Se ve por este resumen que la esposición americana ha sido mas completa que lo que esperábamos, á pesar de que varios Estados no han correspondido al llamamiento.

(Continuará.)

### COSTE DE UN FRAC REGALADO.

Perico vino á Madrid. Allá en su lugar habia sido un medio oficial de barbero, y aunque su jornal no le alcanzaba para mal comer, vestía pantalón de paño azul en invierno y de cutí de algodón en verano y chaquetilla corta; de cuyos bolsillos salían siempre las bordadas puntas de sendos pañuelos blancos como el ampo de la nieve; calzaba zapatos negros de fino becerro, y nunca echó de menos un duro para convidar á sus camaradas; que era Perico decididor y entremetido, y amen de lo mucho que ganaba de noche tañendo la vihuela en las parrandas de los mozos y en los bailes de las mozas, no eran pocas las propinas que de cuando en cuando sudaban en provecho suyo los igualados de su maestro, en premio de las noticias políticas que les refería, mientras les sobajaba la barba, y de otros cuentos y enredos no menos chuscos y endemoniados de que siempre iba provisto. Y es fama que sabia al dedillo todas las anécdotas tan tanto escandalosas del lugar, así las concernientes á la vida privada, como las que corrían en las altas regiones del consejo, y que con tal arte supo conducirse con las notabilidades del pueblo, que á ninguno disgustaba y á todos entretenía; callando á los unos lo que á los otros revelaba, y averiguando en cambio lo que pudiera convenir á su oficio de corre-ve-y-dile.

Por último, Perico era un personaje político en embrión, un Richelieu de gatillo, un Methernich de navaja y mantequi-

lla, y de tal era su renombre, aunque nunca se hubiese sospechado entre los lugareños, sus paisanos, la existencia de Luis XIII, ni el congreso de Viena.

Empero esta celebridad no podia parecer suficiente á un jóven á cuyas manos llegaban diariamente las trompetas de la fama, pues leía los periódicos de Madrid, al menos *El Clamor Público* y la *Gaceta*; y como por otra parte el talento no sabe permanecer escondido, Perico, que no era rana, llegó á persuadirse que habia nacido para figurar en el mundo; y una mañanita temprano hizo su maleta, cargóla sobre la espalda; y salió del lugar, sin que pariente ni amigo por su ausencia se inquietase, resuelto á hacer fortuna, ó á no volver mas por aquellos vericuetos.

En una palabra, Perico vino á Madrid, donde por la mediación de una sobrina de su huésped, amiga de una hermana del mayordomo de un marqués, diputado á cortes con asomos de palaciego y sospechas de periodista, logró colocarse de ayuda de cámara de este personaje; y héteme á Perico en carrera para mayores destinos. ¡Cuán necio es el hombre que desprecia las cosas pequeñas! El que así piensa no ha leído aquel verso del narigudo autor del *Ars amandi*, que dice:

*Flumina magna vides paris é fontibus orta:*

que en lengua vulgar quiere decir:

Verás nacer los caudalosos rios de pequeñas fuentes.

Y así sucedió al héroe de esta verdadera historia, que andando dias y viniendo ocasiones llegó á verse en coche, y si no era coche era tilbury, porque para el caso todo es uno: y hé aquí cómo se verificó tan desventurada ventura.

El auriga del marqués enganchaba un dia los tiros del tilbury de su amo, el cual se disponia precisamente á salir de casa para visitar á varios de sus colegas de congreso: tratábase nada menos que de amortiguar algun tanto la comezon de hablar de algunos diputados de la oposicion, á fin de que dejasen á nuestro hombre pronunciar tranquilamente su brillante discurso, panegirico ú homilia ministerial que tenia improvisado para el dia siguiente; pero quiso la negra fortuna del marqués poner óbice á su futuro triunfo, y para ello dispuso que uno de los caballos plantase dos de sus herraduras en los muslos del cocherito, inutilizándole para aquella y algunas otras jornadas.

Grande fué la inquietud del marqués diputado cuando le noticiaron la desgracia ocurrida á su *adlatere*, y no se sabe qué sintió mas, si la contusión de este, ó el terrible apuro en que tan impensado lance le ponía.

Perico, que tal vió, creyó llegada la suya y dijo á su amo: —No se apure V. S., señor marqués, por el percance del cocherito; que á falta de él aquí estoy yo, que tan bueno soy para rasurar unas barbas como para andar en coche. Además que para ir sentado en blandos almohadones á manera de gran señor poca ciencia se necesita, siendo V. S. y no yo quien ha de llevar las riendas y cruzir la fusta, segun la moderna usanza entre gente de buen tono.

—Par diez que te sobra la razon, dijo el marqués, y no sé cómo no he tenido tan feliz ocurrencia; veo que eres un chico de talento. Ponte inmediatamente el frac de Mateo (así se llamaba el cocherito), y un sombrero de copa, y monta conmigo en el carruaje; que yo te pasearé á mi sabor por esas calles de Madrid.

Dicho y hecho: Perico siguió al pie de la letra las órdenes de su amo, y con él salió á visitar; y como el segundo guiaba y el primero iba cómodamente recostado en los cogines, y vestido de caballero, cualquiera que le viese no estando impuesto en las costumbres aristocráticas modernas, habria creído que el marqués era el lacayo y Perico el amo. Y así aconteció á un buen arriero, paisano de Perico, el cual seguido desu recua entraba por la Puerta del Sol á tiempo que el carruaje consabido se dirigía á la carrera de San Gerónimo, y como viese al barberillo puesto de tiros largos y conducido por un tan elegante cocherito, se quedó un buen rato parado, con la boca abierta, y sin poder comprender lo que á su vista pasaba.

—No hay duda, él es, el amo! exclamó por último el pobre paleta, cuando pudo salir de su estupor y sorpresa. ¿Cómo diantres habrá subido tanto en tan poco tiempo? Este Madrid es un misterio de misterios.

Con estas y otras imaginaciones entró el arriero en su posada, de la cual salió á pocos dias llevando en su cabeza un mar de confusiones; porque era perro viejo, y se preciaba de conocer á fondo muchas brillantes miserias de la corte, y aunque á menudo habiase burlado con sonrisa de sátiro de los peripuestos caballeres que en Madrid abundan con mucho almidonado cuello de camisa y mucho estómago vacilante, no podia en esta ocasion resistirse á la evidencia, y así dijo á sus paisanos cuando se vió reunido con ellos, el próximo domingo en la plaza del lugar.

—¿Sabeis á quien he visto en Madrid? A Periquillo Pelamberra: y está hecho todo un señor con su casaca azul y su sombrero de copa alta; que no parece sino que le sopla la suerte, ó que ha topado con alguna condesa de aquellas que diz que protegen á los pobres muchachos de buenas disposiciones: yo no sé lo que será, ni tampoco quiero hacer malos juicios; pero es evidente que Periquillo se ha puesto las botas. Bien sabeis que yo no me mamo el dedo, y que á mí no me la pegan aquellos señoritos que se aprietan la corbata para estar menos amarillos, y nunca dicen dónde viven; pero el barberillo no es de esos; pues bien lo he visto que iba en una carroza tirada por dos caballos pios, mas encofetado que otro tanto: ya puede decir su familia que tiene el padre alcalde.

Quien tal dijo! Las gentes y genticillas del lugar hicieronse lenguas: desde aquel momento no se hablaba de otra cosa que del fortunon del muchacho y de su carroza, y de su frac azul, su frac azul que no le costaba una blanca; pero que, como verá el lector si es curioso, llegó á costarle mas caro que si fuera de tisú de oro bordado de perlas.

Dejemos á los ociosos del pueblo hacer comentarios, y á la familia del afortunado Perico soñar felicidades futuras, y volvamos á Madrid, donde nuestro héroe nos llama para presenciar sus progresos.

Cuenta la crónica, que apenas se vió el muchacho vestido de frac, concibió planes ambiciosos, resolviéndose á no dejar su nuevo traje por nada de este mundo; y á decir verdad no le faltaba razon para ello; pues aquel vestido le sentaba pintiparado, y mejor que á otros muchos que parece han nacido

para sudar velludas zamarras; además que el amor, en forma de una remilgada manchega de veinte años, habia tomado misma casa en que Perico servía, le declaró que nunca le habia parecido tan guapeton como desde que vistió frac, y que le era preciso conservarlo á todo trance.

La fortuna, que rara vez deja de ser fiel compañera de los amores caseros, dió en favorecer los de estos dos jovencitos y medad se prolongaba, fué conducido caritativamente al hospital, y reemplazado por otro mas corpulento, á quien hubo necesidad de hacer ropa nueva. El marqués fundó un periódico, en union con un ministro su amigo, y careciendo de un escribiente y un redactor *tijera*, invistió á Perico de estos dos caracteres, y le subió el sueldo, dejándole en posesion de su elegante vestido.

El barberillo desplegó grandes talentos en su colaboracion periódica, y se aventuró á escribir algunas *gaceticillas*, lo cual tan pedantescos y vanidosos como los pudiera tener cualquier otro individuo mas antiguo de su nueva profesion. Consideraba el café del Príncipe, cuya lóbrega atmósfera contribuía el á condensar fumando gruesos habanos: allí alternaba en rueda con los menos afortunados hijastros de Apolo, de quienes aprendió el difícil arte de aborrecer mútua y diplomáticamente; daba sendos apretones de mano á sus compañeros, les hablaba de *tú* y de *chico*; se reía afablemente con todos los presentes y criticaba sin piedad á los ausentes; emitía su voto y censura sobre la última obra publicada ó anunciada por alguno de los graves decanos en el arte métrica, que sentado en círculo aparte miraba con desden soberano á los polluelos literarios; ofrecía su proteccion y el apoyo de la gaceticilla á los poetas noveles; tomaba notas de sus protegidos con aire señorial; se introducía *gratis et amore* en los teatros y en los cuartos de los cómicos que de él esperaban un retacito de celebridad: en una palabra, estaba hecho un *literato*.

Verdad es que cuando despues de haber charlado largamente en círculo de *amigos*, y dádose toda la importancia que le infundia su posicion social, se retiraba, nadie sabia responder á la pregunta de: ¿Quién es ese? Los mejor informados solian decir con cierto envigioso desprecio:

—Es un redactor del *Cangrejo*.

—Ah! ya! contestaban algunos en el mismo tono; del periódico del Marqués de... Bah! un esclavo del gobierno.

Perico en su esclavitud y todo Perico prosperaba, y habiera acumulado un capitalito independiente, á no intervenir las malditas exigencias sociales, y la vanidad de Juana, la doncellita manchega.

Un dia observó esta que á su amante le faltaba un chaleco bordado que armonizase con su frac azul. Pocos dias despues compró Perico un chaleco bordado.

—Un caballero como tú necesita llevar reloj, le dijo Juana otro dia.

Perico se proveyó de una saboneta de oro para que acompañase al chaleco bordado y al frac azul.

—Ese reloj no luce nada sin una cadena, prosiguió la tentadora muchacha.

Y se compró la cadena.

—¿No te avergüenzas de usar ese hermoso chaleco y esa brillante cadena con un frac tan raído? Es menester que te hagan un negro mas de moda.

Perico mandó hacerse un frac de moda.

—Cómprate botitas de charol, como las del Marqués.

Así fué hecho.

Guantes amarillos para diario, baston de caña rarísima, botonaduras de oro y coral, finisimas camisas, todo lo mejor y mas caro que puede componer el equipo de un *dandy*, de un *leon*, de un elegante, hablando en castellano, era resumido en el adorno de la persona de Perico, trocado ya en Don Pedro, en amigo sirviente del Marqués, y en *jóven de talento*.

Su roce diario con los autores y los cómicos le habia comunicado su tinte de sabiduría en materia de teatros: aprendió de memoria los nombres de los principales dramáticos antiguos y modernos, españoles y extranjeros: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio, Lope, Calderon, Tellez, con su pseudónimo de Tirso de Molina, Shakespeare, Corneille, Molière, Schiller, y Moratin de vanguardia, formaron su falange de ataque: Talma iba en ella de tambor mayor. Faltó por acaso en *El Cangrejo* el redactor de crítica literaria; y aunque este destino sea de los menos fáciles de desempeñar con acierto, Perico se aventuró á entrar en la liza con su formidable cohorte, y llenó muchas columnas de criticas de teatro sazonadas de Sófocles, Eurípides y demás ingredientes difuntos, que no habia nada que pedir en punto á erudicion indigesta.

Y aquí se le ocurre al autor de estas líneas hacer una digresion.—¿Cuánto han abusado los críticos de esos y otros nombres gloriosos! ¿Qué hay de comun entre los que en vida los llevaron y los que muertos los invocan? Perdonad, nobles ingenios, el que se os haya hecho muchas veces encubridores de la ignorancia y de la viperina malicia! Vosotros que solo supisteis en este mundo crear héroes de corazon tan grande como el vuestro, para admiracion de las gentes, ó corregir las costumbres deleitando, ¿por qué habeis de aparecer como blancas espumas sin mancha esparramadas sobre lagos de acres y corrompidas aguas?

Pero no sea dicho esto por las criticas de Perico, pobre muchacho de alma generosa, que si alguna vez zahirió al prójimo y le mordió con emponzoñado diente, mas lo hizo por imitacion que por instinto avieso. El que escribe para el público necesita seguir la corriente, los gustos de su época, la senda trillada por otros, y esto se hace hasta sin que la voluntad intervenga.

Mientras así progresaba el ex-barbero-ex-ayuda de cámara en su carrera periodística, seguian el curso natural sus relaciones amorosas, las que tanto avanzaron, que al cabo fué menester poner tierra de por medio. El celo (alguien dice los celos) de una solterona, tia del Marqués, Argos para la malicia, presumió descubrir en Juanita los sintomas de un amor demasiado complaciente, y para evitar á la muchacha peligros de inesperienza, imaginó alejarla de la ocasion tentadora, y la puso de patitas en la calle. Mal conocia la *susceptible* solterona el corazon de Perico; pues si de este modo creyó poder guardar para sí aquel tesoro de juventud y pasion (y algo habia de

esto), se engañó de medio á medio. El pájaro siguió á su pájara, y á los quince días estaba casado con ella.

A pesar de este rompimiento brusco no dejó el Marqués de favorecer á su protegido, que era su ojo derecho y le tenía en mucha estima, por aquello de *asinus asinum fricat*; pues al cabo nuestro prohombre se había dejado hacer la barba por un jóven crítico; el cual, como se vió jefe de familia y puesto en zancos, no temió al porvenir, y siguió derrochando cuanto ganaba: puso su casa como un granido, vistió á su muger como á una princesa, y se dejó llevar en alas de su buena fortuna.

Entre tanto la fama, en la cola ó folletín del *Cangrejo*, había conducido hasta el pueblo natal de Perico su nombre ya casi célebre; que es privilegio exclusivo de los buenos periódicos el ser leídos, y de los periódicos ministeriales en ejercicio el penetrar en los mas recónditos rincones de la monarquía. Los habitantes de aquel lugar supieron por fin que su paisano era periodista, y del gobierno, y le saludaron desde lo alto de sus montañas con todo el acatamiento debido á un respetable miembro del cuarto poder del Estado. Periodista! Escritor público! Este título en nuestros días equivale á señor de horca y cuchillo en la edad-media.

En seguida llovieron las felicitaciones sobre el Sr. D. Pedro Pelambrea; todos sus parientes, aquellos que ni «adiós» le dijeron cuando se partió de la aldea, olfateando como podencos una buena presa, le abrumaron con cartas, todas parecidas y solo diferentes en el tema de sus pretensiones mas ó menos encubiertas: todas venían sin franquear, porque los buenos lugareños tenían á *impolítica* llenar este requisito con un sugeto tan distinguido como el Sr. D. Pedro; todas estaban preñadas de piropos y atentados á la propiedad, como podrá verse por la siguiente muestra:

«Sr. D. Pedro Pelambrea:

«Mi querido y respetable primo: Despues de saludarte, puse á decirte como en este pueblo nos hemos alegrado mucho de tu felicidad, y estamos tan contentos como si fuera cosa propia. Las personas mas distinguidas del lugar, el alcalde, el médico, el boticario, dicen que no pararás en eso, pues siempre te se conoció que habías de ser un hombre de campanillas.

«Primo, sabrás como mi Juanico está ya en el libro de Canon, y según dice el maestro, será con el tiempo un digno sobrino de su tío. En cuanto sepa escribir, pienso llevarle á la corte para que estudie y se haga hombre á tu lado.

«Ya te habrán dicho que tu hermana Paula se casó con Antónuelo, el hijo del tío Cena-á-oscuras y de la tía Verónica. Ya está de seis meses, y me encarga que te diga que tiene deseo de tener la satisfacción de ponerle á lo que nazca el nombre de tu señora esposa, y de que ella sea la madrina. Mucho nos gustaria que se hiciese este bautizo, y que dieras golpe, para confundir á algunos incrédulos que todavía dudaban de tu prosperidad. Si no tienes inconveniente, para ahorrarte molestia, mi muger hará las veces de la señora doña Frasca tu esposa. Aquí la queremos ya como si toda la vida la hubiésemos conocido, y hablamos siempre de ella.

«Mi Colasa está deseando ver á su prima, y como el oficio anda por aquí maluco, siempre me está diciendo que nos vayamos á Madrid. Si tuvieras proporción de mandarle con el tío Carlancas, el arriero que va todas las semanas á esa, un mantón de casimir, como el que lleva la escribana, le vendria muy bien para este invierno. El tío Carlancas te dirá cómo lo quiere.

«Primo, este año ha sido muy mala la cosecha de vino, y todo se ha vuelto agrio; pero el año que viene te enviaremos un tonel de lo bueno.

«Y no cansándote mas, darás memorias á tu señora, mias de mi Colasa, finas espresiones del tío Jacinto y tía Romualda y de tu hermana Paula y de Matea, y tú las recibirás á medida de tu deseo, de tu inolvidable primo que verte desea y  
»S. M. B.

»POLICARPO PELAMBREA.»

«P. D.—Primo: En esa venderán barato el libro de *Amigo* y las muestras de Iturzaeta. Si hay probabilidad, mándamelos para Juanico, que ya sabe leer en *El Cangrejo*. Comprame tambien un libro de Iglesia y otro de cocina para mi Colasa.

«Otra. Si podemos juntar para el viaje, iremos á hacerte una visita esta pascua que viene.—Tuyo de corazón  
P. P.

Esta carta es auténtica, y así del mismo género recibía don Pedro un par de ellas cada día. Muchas veces se hizo el sordo á las indirectas de sus parientes; pero luego venía el tío Carlancas con un recordatorio de encargos, que no había mas que pedir: se aposentaba en su casa por lo comun á las horas de almorzar y de comer, y era preciso en varias ocasiones responder á sus obsequiosos cumplimientos, admitiéndole á participar del sudor de la prensa, en compañía de la cocinera. Estos dispendios, y los indispensables para cumplir por compromiso con los parientes, aparte de los necesarios para mantener la posición archiducal en que se había constituido nuestro periodista, traian su bolsa mal parada, y si los primeros se realizaban solo á medias y de mala voluntad, en cambio nadie los agradecía. Los favorecidos por el órgano del tío Carlancas ó en carta sin franquear, enviaban á Perico millones de gracias, y á sus solas le acusaban de tacaño y miserable, porque no daba todo lo que le pedían.

«¿Cuántas veces hubiérase podido oírles decir:—Vea usted lo que nos manda!... Esto no valia la pena!—¿Que es una onza mas ó menos para él?—Dice que anda apurado: así yo!—Quien tuviera la mano donde el tiene el pensamiento! etc. etc.

Y es que no hay una idea mas tenaz que la del bienestar ageno. Cuando se forma el juicio de que un hombre es rico, no hay racionios que lo desvanezcan, sobre todo si se cree tener derecho á esperar algo del afortunado mortal sobre quien pesa tan envidiada fama. Infeliz del que se encuentra en este caso: le asedián sin mas compasion, y si es generoso hasta el punto de olvidar sus mas inmediatos intereses, verá desaparecer el fruto de su sudor, y detrás de él su reputacion de hombre honrado despedazada por los mismos factores de su ruina.—«Era un derrochador, un mala cabeza», dirán de él sus propias sanguijuelas cuando ya le vean sin sangre: y alguno añadirá si el sugeto se ha enriquecido y arruinado en poco

tiempo:—Lo mal ganado no luce: el dinero del sacristan, etc. Por eso yo no extraño que haya parientes avaros, como los hay pródigos por el abuso de sentimientos opuestos.

¡Pobre Perico que no podia ser avaro, y que solo contaba con un jornal y mucha vanidad! Si al menos su estrella no se le hubiese nunca eclipsado...—Una mañana del último diciembre, mientras el jóven descansaba de una noche de asiduo trabajo, despertó sobresaltado al ruido que movian en su antesala muchas voces chillonas, graves, agudas, y de todos los tonos conocidos y por conocer. Antes que pudiese darse cuenta á sí mismo de aquella algazara, ya habían invadido algunas personas la puerta de su alcoba, y se dirigian hácia él con los brazos abiertos. Perico se incorporó apoyando el codo en la almohada, se frotó los ojos, y aguardó que descargase aquella tempestad. Era una nube de Pelambreas: una hermana con su marido, dos tíos, tres primos y cuatro ó cinco sobrinitos, que venian á dar á su pariente las buenas pascuas.

¡Qué agradable sorpresa!—El tío Carlancas había cargado su recua con toda la familia, como hubiera podido traer á Madrid una manada de pavos, ó diez cachos de chorizos. Fueron bien recibidos; pero ¿adónde albergar toda aquella Pelambrea? La hermana y el cuñado se quedaron en casa: los demás fueron acomodados en una posada de huéspedes. Precaucion inútil! La familia estaba siempre reunida en casa de D. Pedro, para disfrutar las delicias de su amable compañía. Los Pelambreas pequeños, con su rústica desenvoltura, no dejaban títere en su lugar: revolvan los papeles de su tío; le vertian el tintero; le comian las obleas; le manchaban la ropa; le asaltaban la despensa sin que bastase á impedirlo vueltas de llave. Aquello era una delicia!

Para colmo de satisfacción, el tío Carlancas manifestó con mucho comedimiento al señor D. Pedro que no se inquietase por el porte de su querida familia; pues ya se lo pagaria cuando quisiese. Esto era una carta de apremio.

Quince días eran pasados, y los Pelambreas no pensaban en abandonar la corte. ¡Era tan duro separarse de un pariente tan amado!... Una nube de langosta hace menos destrozo en un sembrado, que los Pelambreas hicieron en tan poco tiempo en los escasos fondos de Perico. Este, considerando el mal camino que llevaban sus intereses, resolvió cortar por lo sano: llamó al tío Carlancas y le mandó embanastar de nuevo toda la Pelambrea y trasladarla al lugar á su costo y costa.

Por esta época cometió el pobre jóven algunas imprudencias de otra especie. Sus críticas de teatro eran estimadas por lo pomposas, relumbrantes y encomiadoras: olvidándose de sus antiguas prácticas de tira y afloja, dió en la mania de tributar exagerados y merecidos elogios á una bailarina muy buena, pero muy fea, desdendiendo completamente á otra *idem*, malísima, pero muy hermosa. Crimen imperdonable que nunca deben cometer los cronistas de las buenas mozas alumnas de Terpsícore.

Tres veces lo cometió Perico, y aun se propuso á dar un consejo: la broma era ya mas que pesada. La hermosa bailarina que no bailaba, pero tenia cartas de recomendacion para el ministro, propietario encubierto del *Cangrejo*, se presentó á S. E. llorosa y desolada, quejándose de la injusticia que se le hacia: el ministro se quejó al Marqués, director aparente del periódico, y el Marqués con harto dolor de su corazón, dió pasaporte á Perico. Las torneadas piernas, los diminutos piés de una bailarina, hundieron en el abismo al poderoso y nunca bien ponderado crítico del *Cangrejo*.

Así salvó el Marqués su propia responsabilidad; pero no abandonó del todo á su favorito, y en recompensa de sus servicios le habló de esta manera al despedirle:

—Pelambrea, amigo mio, las circunstancias mandan al hombre, y no el hombre á las circunstancias. El destino quiere que se quede usted por ahora cesante; pero no le faltarán colocaciones. Además,—esto selo digo á usted en confianza,—se prepara una crisis parcial, y dentro de pocos días entraré en el ministerio: me lo tienen prometido, y entonces le daré un empleo. ¿Sabe usted algo de contabilidad?... de administracion?... de política?... de diplomacia?... Pero, ¿qué importa nada de esto? Luego que sea usted empleado aprenderá lo que necesite saber.

Con este consuelo se retiró Perico á su casa, donde estuvo esperando la crisis deseada. Esta llegó en efecto; pero general: se hundió el gabinete, y otro le reemplazó: el marqués se habia comprometido demasiado, y tuvo por conveniente retirarse á componer un idilio en una de sus posesiones.

«Bienaventurado el que posee.» Perico, que ya no poseía, fué ascendiendo poco á poco de un cuarto principal á un tercero, y de este á una encumbrada buhardilla.—El monte-pío le facilitó algunos fondos para ir viviendo mientras tuvo alhajas que empeñar. Cuando estas se acabaron, le dijo su señora doña Juana:

—No te apures, Pedro: hay en Madrid unos establecimientos benéficos y muy socorridos, que se llaman casas de empeño, donde dan dinero sobre prendas en buen uso.

Las antiguas preocupaciones proscibian la usura; pero desde que la ciencia económica ha enseñado que el dinero es una propiedad que se alquila, la opinion ha variado mucho, y en el día, gracias á los adelantos del saber, tenemos en cada calle de la capital dos ó tres prestamistas, que socorren generosamente las necesidades vergonzantes, con previo permiso y facultades *ad hoc* de la autoridad competente.

Juanita hizo un envoltorio de toda su mejor ropa, de sus vestidos y los de su esposo, que en mala venta valdrian unos doscientos duros, é inmediatamente encontró quien le prestase sobre aquellas prendas hasta mil reales vellon, sin tener que pagar ningun interés en el acto, y con la ventaja de poder retirar su ropa cuando quisiese, solo que el recibo fué estendido de este modo:

«Doña F. de T. ha dejado en esta casa de empeño las prendas tal y tal, todas muy usadas, por la cantidad de mil y cien reales vellon, en el concepto de que en el término de un mes contado desde esta fecha, deberá pasar á recoger dichas prendas, y no haciéndolo, se procederá á su venta, por haberse dado por ellas su justo valor. Madrid tantos...»

Seguramente Juana hubiera podido hacer un contrato menos leonino, pues no todos los prestamistas exigen el 120 por 100: la generalidad se contenta con el 60 por 100 y prendas por el valor cuádruplo de lo prestado.

Perico y Juana se quedaron con lo puesto: el primero volvió á su frac azul primitivo; la segunda á su ropa de doncella.

Bien quiso la buena muchacha buscar costura para ganar en su casa una peseta mientras no se colocaba su marido; pero es mas fácil á las mugeres pobres en Madrid encontrar amores de tarifa, que trabajo en que ocuparse: para lo primero basta tener corriente el padron de vecindad y no dar escándalo; para lo segundo se necesita andar muchos pasos, y tener fianza de persona de *casa abierta*. Juana no encontró quien la fiase.

Bien hubiera podido Perico volver á su antigua clase de ayuda de cámara ó de oficial de barbero, y renunciar á su frac; pero esto era imposible. El orgullo es la mas incurable de todas las enfermedades.

Así de esperanza en esperanza, de expediente en expediente, fué tirando hasta comerse cuanto tenia. Sus alhajas quedaron sepultadas en el Montepío: su ropa fué regateada en el Rastro. Desesperándose poco á poco, llegó á verse abandonado de todo el mundo, excepto de su amada familia, que aun solia escribirle cartas afectuosas y prometerle visitas.

Cierto día, no hace mucho, publicó un periódico la siguiente gaceta:

«Ayer fué estraído del canal el cadáver de un jóven, al parecer decente, que no ha podido ser reconocido... Es lamentable la frecuencia con que se repiten estas desgracias, etc., etc.»

Todos los periódicos reprodujeron esta noticia; y los gacetilleros, desnaturalizados!—ninguno adivinó que aquel infeliz suicida era su hermano.—Era Perico.

A tal extremo le llevó y tanto le costó su frac azul regalado. Lloremos sobre su tumba, lector; pero consuélate conmigo: Perico no tenia hijos!

OSCARINA FRONCELLA.

## CUATRO MIL MUGERES POR DOS CUARTOS,

6

### apuntes para un retrato.

No es grilla, señores; y dejando para otra ocasion el saber que es grilla, diré á ustedes que á mí tambien me sorprendió el epígrafe de este artículo cuando por primera vez le oí pregonar en la Corte á un ciego que despachó en menos de un cuarto de hora mas de cuarenta mil hembras. Y casi casi estuve resuelto á gastar dos reales en mugeres, pues aunque no soy muy aficionado, llamóme la atencion su baratura, que bien merecia no reparar en la bñndad del género. Y ¡pámsense ustedes! Personas conozco que no gastarian un cuarto ni tendrian mugeres aunque se las diesen de balde. ¡Cosas del mundo! ¡Otros hay que librarian su existencia y la del mundo entero, si pudieran, en la sonrisa de una morena!

Hércules, emblema de la fuerza, degeneró hasta el extremo de coger la rueca, instrumento que simboliza la debilidad femenil; se despojó de su personalidad, como si dijéramos, de ese rasgo que le caracterizaba, dejó la melena de leon, para rendir homenaje, con la mansedumbre de un corderillo, á los atractivos de la hermosa Omphala. Y Hércules era un dios! (En aquellos tiempos.)

Sócrates depuso su gravedad y probablemente dulcificaria el semblante, transplantando las arrugas de su severa frente al extremo de los labios... Probablemente se hubiera dejado hasta chuletas (patillas en otro tiempo) de hacha, si tan ridiculo capricho hubiese tenido exigiendoselo la bella Aspasia, en cuyos brazos durmió blandamente aquella cabeza creadora. ¡Y Sócrates fué el padre de la moral! ¡Antonio, aquel famoso general romano, dejó escapar de sus brazos el Imperio, por que preferia estrechar con ellos el cuerpo de aquella Cleopatra no menos famosa!

Mas basta de digresiones y volvamos al cuento del ciego vendedor de mugeres. Además de la baratura con que anunciaba su mercancía, tenia la precaucion de clasificarlas, atribuyéndolas cualidades distintas, según que lo eran los nombres de cada una.

Era el tal ciego un comerciante de buena fe, que no queriendo burlar la de sus compradores hacia prevenciones que los iluminaran, para no perderse, con la variedad de las mercancías. V. g. decia el buen ciego poco mas ó menos:

Las Pepas son muy garbosas,  
las Teresas embusteras,  
las Tomasas cicateras  
y las Mariquitas sosas.

Demás era decir que las Pepas tuvieron una gran salida; baste decir que no faltó un tris para que echase cuatro cuartos en Pepas, tambien el que tiene la palabra, á pesar de su poca inclinacion al bello sexo.

Lo cierto es que me impresionó bastante esta clase de especulacion, y dije para entre mí: ó el ciego, como ciego, no sabe lo que vende, ó la cosa va mal.

No hay que asustarse, madamas, que sin perjuicio de lo espuesto, ó sin tener á ustedes tan eh poco como personas á quienes conozco; y sin ser ciego, vendo por la presente y gratis para todo el que esto lea sin ser suscriptor al periódico, algunos miles de mugeres á sanidad y de clase superior; y al efecto voy como el ciego á examinar su honrad relativa, tomando otro norte mas seguro que el nombre. El ciego no podia hacer otra cosa, y en algo nos hemos de diferenciar, siquiera por la ventaja, y no pequeña, que le llevo en ojos, pues tengo cuatro por las gafas y la gracia de Dios, para servir á ustedes. Fio pues á mi doble vista el exámen y descripcion de algunas, tal cual lo revela su empaque; porque las hay de muchas clases, y ya que no pueda retratar á todas, me ocuparé con algunas pinceladas, empezando, supongamos, por la muger de moda, ó sea á la *dernière*, que es mas bonito por ser francés.

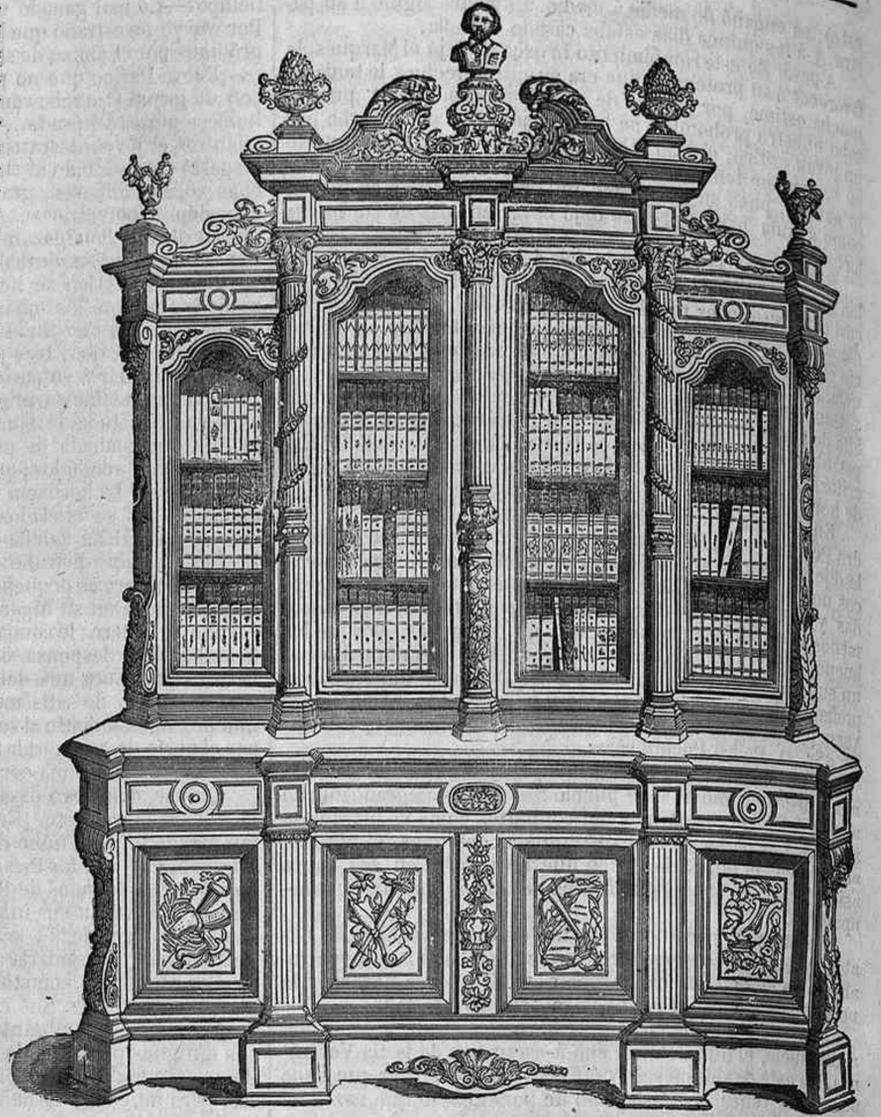
Y sin ir mas lejos.—Repáren ustedes aquella sílfide de andar airoso, talle flexible, mirada alegre y animada en toda su espresion. No respira, que exhala aromas; y en vez de andar, se desliza. Su parte material toda se oscurece tras de tanta poesia como la rodea. Los vestidos no le prestan encantos, pues ella los hermosea. Las flores y cintas que componen su prendido parecen nacidas en aquella cabeza, donde buscan nuevo brillo. Lo blanco acaba por divinizarla convirtiéndola en otra mariposa, juguetona, voluble y encantadora en sus



L. LARSCHE, 1851.

Estatua en cinc de la Reina Victoria.

movimientos fáciles y airosos, que deslumbra á quien pretende seguirla en tan caprichosos giros: es, en una palabra, la muger de moda una divinidad humanizada, ó si ustedes quieren, una humanidad divina.—¿Pues y su carácter?—¡Ahí es nada! Seducidos por las infinitas gracias que la rodean, atraídos por ese inesplicable encanto que embellece su exterior ¿cómo no persuadirnos de su bondad intrínseca? Fuera una inconsecuencia, que la naturaleza repugna, que un tan bello exterior ocultase un mal fondo. Me direis acaso que



Biblioteca de Paisandra.

no es natural tanto rodeo, variedad tan grande como en sus cosas todas manifiesta, sin despojarse de esa armonía que las embellece. La gracia con que marcha, y esa sencillez complicada que revela en todo, direis que es artificio, ficción, y que á vuestros ojos disminuye, en vez de realzar su mérito natural. Lejos de agradaros, ¿os disgustan sus gestos, sus monaditas, y preferís por el contrario las mugeres formales, modestas, sencillas, en una palabra, como decís vosotros?

¡Pobres hombres, montados á la antigua, y tan á la antigua que quisierais sin duda que la sociedad retrocediese! Que retrocediese, sí, porque de otro modo, ¿cómo desconocéis la posición, la naturaleza



Piézas de plata de M. Sacio.

de la muger? ¿O creéis que debe permanecer indiferente, pasiva al movimiento universal que la rodea?

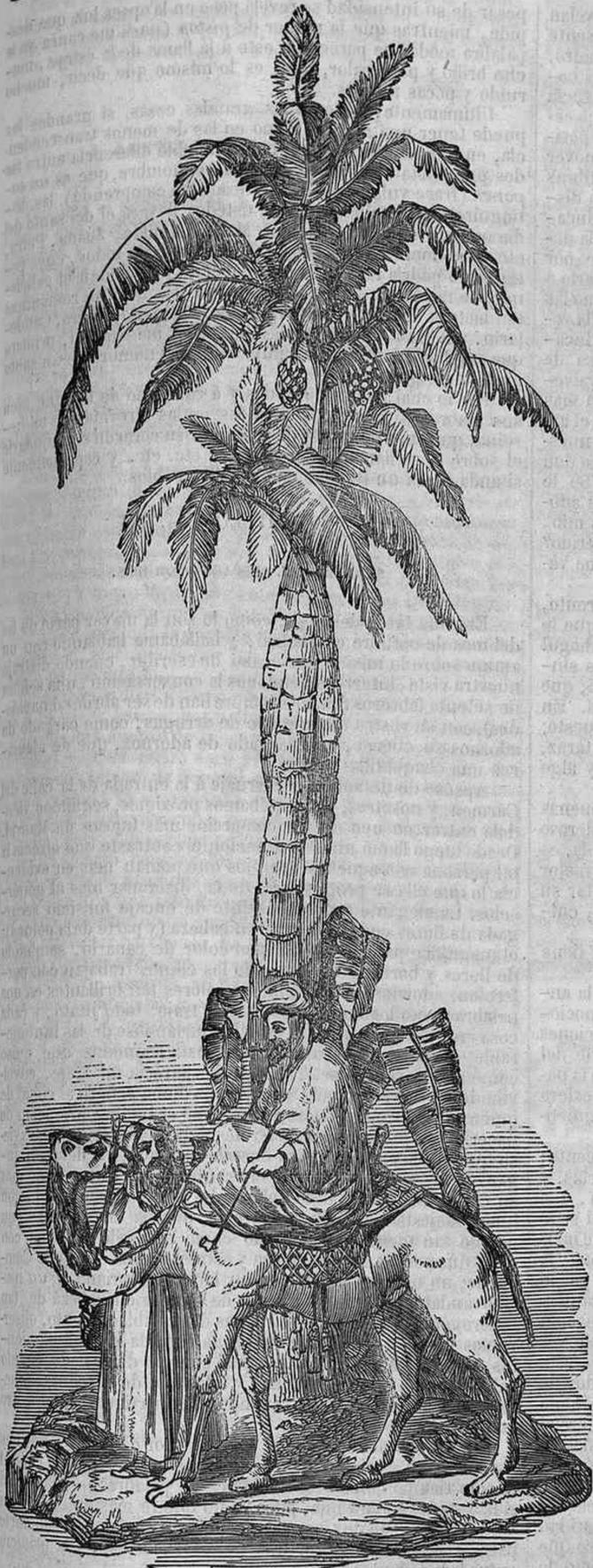
—No señor, la muger debe sentir la transformación de los tiempos, modificándose á medida que aquellos se suceden, como todas las cosas que no tienen una bondad absoluta; y una muger como la pretendéis vosotros, hombres oscuros, sería una planta exótica en el jardín compuesto por las bellas de nuestra sociedad actual, porque una hermosa es cuando mas una mecha apagada, si no la hacen lucir los atributos de la muger de moda. Mas digo: ¿por qué la muger en vez de recibir su impulso, no habia de ir á la cabeza roturando el camino de la civilización, y cumpliendo la

alta mision á que quiso elevarla el Criador? ¿Qué le falta, que sobre al hombre?...

Hé aquí sus aspiraciones, y por eso me gusta la muger de moda. Ha conocido su posicion, calculado sus fuerzas, la elevacion de su destino, y proclamará la independencia! Llegará dia (no lo duden ustedes) en que se pondrá encima! ¡Su dominacion será segura!

Vamos: esta maldita inclinacion á filosofar, me ha estraviado un tanto del rumbo que debiera seguir para llenar mi objeto. Trato de presentarnos, en relieve siquiera, á la muger de moda, á quien dejamos vestida ya, si mal no recuerdo. No será demás, y voy por lo mismo á dar algunos toques acerca de la muger á la antigua, por contraposicion á la que me ocupa principalmente. En fuerza del contraste resaltará mas su brillo; y espero, lector, que á la conclusion de este artículo quedés prendado de la muger de moda, si ya no lo estás; ó á menos que seas tambien tú de los que en este punto conservan aun la corteza del siglo XVIII.

Pero como son varias las modificaciones que la naturaleza y la sociedad hacen en la muger de moda, y distinta por lo tanto su posicion de hoy á la que tuvo ayer, convendrá seguirla en los periodos mas notables de su vida, y siquiera ofrezca alguna variacion en la forma,



La fuente en el Desierto.



Espejo con adornos.



Varios objetos de plaqué.



Bufete.

el fondo será el mismo en todos. La muger de moda, como los hombres de genio, ó raros si ustedes quieren, anuncia desde su mas tierna edad señales del germen que encierra, con las tendencias de su ser, y que la acompañan hasta el borde del sepulcro. Y no fuera maravilla que quisiese llevar sus hábitos mas allá de los linderos de la vida, mandando, supongamos, en el testamento que la entierren con papalina á lo *Madame Denti*. Es la fuerza de las cosas. Es efecto de esa rigurosa lógica, de esa consecuencia inflexible que la naturaleza sigue en su curso y manifiesta en sus creaciones todas.

La muger de moda conserva sus cosas aparte durante la vida; pues lo mismo mismísimo hace hasta el burro, por ejemplo; porque el burro tiene tambien sus cosas aparte, y si bien se mira, no es de las producciones mas despreciables de la naturaleza. Y de aquí viene aquel refrán tan sabido: «genio y figura etc.»

## II.

## CAPÍTULO APARTE: QUE LA COSA LO REQUIERE.

Decía, ó quise decir, caro lector, que para mejor conocer las ventajas de la muger de moda sobre la muger á la antigua, era muy acertado colocarlas en paralelo. Y voy á cumplir mi palabra en la creencia de que lograré decidirte por la primera, si bien el retrato que pienso hacerte de ella, como que será á grandes pinceladas, no la representará con todos sus aparezcos. ¿Y quien sería capaz de poner en claro, y menos en los estrechos límites de un artículo, el carácter, tendencias, hábitos y demás de la dama que me ocupa, con todos sus pormenores, y en tiempos del *talle bajo*? Contentémonos con delinear el primero, y gracias que salga el bosquejo con la verdad suficiente para que se le distinga entre los demás.

Atencion, pues, y echemos el lente (cuento con que tú, lector, tambien le gastes) á estas dos damas á quienes te presentará. Es la primera hija de un oficial primero de Ministerio, ó de las mias: es decir, cortada á la última; y la segunda, hija de unos honrados aldeanos y con resabios del régimen anti-constitucional, te pertenece. Supon que ambas tienen de comun la edad, y solo la edad; y puesto que hemos de seguir las comparando en los períodos mas notables de su vida, aun á riesgo de hacerlas morir cuando concluya este artículo, figúrate además que tienen trece ó catorce años.

Por mas que la muger tenga y conserve siempre cosas aparte, es la edad apuntada aquella en que, por un impulso natural, misterioso y desconocido, pero irresistible, empieza á manifestar con mas claridad que hasta entonces el germen que encierra, su índole é instintos, por lo mismo que es la edad en que pone mas estudio en ocultarlos.—Entre parentesis: esto parece á primera vista una paradoja, mas como tú y yo venimos prevenidos de lente, vemos las cosas dos veces, y por lo mismo tenemos mas motivos que la generalidad para acertar, y creo que acertamos.

Desde luego observarás una gran diferencia entre ambas niñas al simple aspecto.

La tuya, ó sea la montada á la antigua, se presenta con cierto miedo, cierto embarazo, y si se quiere torpeza, efecto de su excesivo rubor (vulgo cobardía). Sus ojos bajos indican el respeto que la sociedad le infunde: parece que teme ser vista, de los hombres sobre todo.

La mia por el contrario se presenta con desembarazo, se pone en evidencia siempre que puede, y desenvuelve sus atractivos, derrama incitadoras sonrisas por todas partes. Lejos de cortarse á la vista de los demás, mira alto á todo el mundo y á los hombres de frente. Nada de rubor; y tiene razon. ¿Habrá cosa mas *antigua* ni de mas mal gusto que ruborizarse? ¿Y por qué? ¿No son de carne y hueso como una todas las demás personas?

Hasta en el seno de su familia demuestra la primera cierto encogimiento; pero lo que mas la distingue es una deferencia marcada para con los mayores, y una sumisión y respeto ciego á sus padres: sumisión y respeto que en todas sus acciones manifiesta.

La mia, dotada de una naturaleza superior, y con esa elevación de miras que sirve de base á su desenvoltura, quiere restablecer la igualdad en la sociedad doméstica, y este es el objeto de sus tendencias. La edad no es, á su juicio, causa bastante para constituir entre los hermanos diferencias que otra razon no justifica. ¿Por qué pues consentir privaciones que su ilustracion rechaza?...—Sí señor; está bien dicho, y yo dispuesto á defender tan sanas doctrinas en obsequio á mi heroína. No faltaba mas sino que fuéramos á crear en el hogar doméstico una sociedad de superiores é inferiores, cierta dependencia aun entre los hermanos con achaque de conservar la unidad en la familia. ¿Qué unidad ni que gallo muerto? Cada cual debe girar libremente sin mas árbitro de su razon.—Apele á tu buena fe, lector, en confirmacion de lo espuesto.—¿Por qué ha de haber distincion entre los hermanos? Y subiendo mas todavía por este camino, ¿has visto cosa mas bella, ni otro espectáculo mas risueño que el que ofrece, supongamos, el aspecto de un padre sosteniendo con su hija un diálogo acalorado, mano á mano y sin mas tratamiento que el *tú*? Un ejemplo: «D. Sisebuto, venerable anciano, cara redonda y sonrosada, abultado abdomen, y ojos saltones, entra en su casa, volviendo de una célebre sesion de la cámara de Senadores, á cuyo lago pertenece este famoso pez, tan trabajado por sus impetuosas corrientes, que viene aun frotándose los ojos por haberlos tenido cerrados, para mejor discurrir, reconcentrándose en sí mismo, sobre una acalorada discusion.

Y hé aquí que apenas pasa el dintel de su puerta, le sale al encuentro su hija, jóven de las nuestras, que con mucha zalamería, á falta de respeto, le dirige la siguiente interpelacion:—¿Sabes, papá, que me has engañado cuando me ofreciste que iríamos á paseo á las cinco? Si lo sé me voy sin ti, porque ¿para qué te necesitaba?

—Hija, nos hemos entretenido mas de lo que pensaba á causa de un incidente inesperado en la sesion de hoy. Por cierto que me abstuve de pedir la palabra, por no provocar un escándalo. Se trataba...

—Nada, nada (interrumpe la niña cortando á su papá los vuelos en una peroracion fulminante que iba ya á encajar en el seno de la familia, despues de haberla elaborado blandamente en brazos de Morfeo en el Senado), nada te creo porque eres un picarillo.

¿Cosa mas bonita ni que mejor suponga la relacion, la dependencia de hijos á padres!

Sin necesidad de recorrer los diversos rasgos que revelan á la muger de moda, sin precision de mostrar al presente todos los colores que entran á componer tan precioso cuadro, sin mas que apuntar sus cualidades por alto, ó generales como lo vamos haciendo, notarás, caro lector, la gran distancia que la separa de la muger á la antigua usanza. No carece esta de la sensibilidad inherente al bello sexo, de esa disposicion tan natural en las personas débiles á dejarse conmover por acontecimientos extraordinarios, que hieren las fibras mas delicadas de nuestro corazon, pero la prudencia, la discrecion, ó mejor, ese recogimiento en que su misma educacion la coloca, templará hasta cierto punto la fuerza en la demostracion de los sentimientos que la dominan, sin que por eso dejen de ser grandes. Es decir, que sentirá sin darlo á conocer; tendrá emociones, como decimos ahora, pero no las anhelará. La muger de moda, trabajada como está por la volubilidad de su carácter, efecto de la ligereza de su educacion; gastada hasta cierto punto su sensibilidad á causa de ese continuo roce en que vive con el mundo, á cuyos vaivenes se lanzó desde muy niña, sentirá menos, pero con mas apariencia: lo que perdió su naturaleza lo habrá ganado el arte. Ved, sino, cómo ciertas bellas que son el adorno de nuestra *palpitante* sociedad, poseen en alto grado ese precioso don de imitar el sentimiento en sus mas sublimes giros. Se le muere el canario á la muger de moda; dejó de hablar su adorada cotorrita; se le perdió el perrito habanero... Dios mio, ¡qué desgracia! pobre perrito! ¿dónde estás, Frisoli querido? ¡Mi perro, que le busquen; no puedo vivir sin él! ¡Oh que vacío deja tu ausencia en mi vida, carísimo!

—Que le busquen... un anuncio en los periódicos... pronto, pronto.—Una gratificacion, cueste lo que cueste al que le presente.—Pronto, pronto por Dios... ¡Ah, yo me ahogo! Y... zás!!! Ya teneis á esta bella con un sponcio. Los síntomas de la muerte la rodean, porque le falta su Frisoli, que es como si dijéramos un pedacito de su existencia. En cambio consentirá que su niño (si es casada por supuesto: ¡no faltaba mas!), lllore en brazos de una nodriza montaraz, interin mamá va á recrearse con la armoniosa música, y algo mas acaso, de un salon de baile.

¡Feliz el marido que tenga una compañera con tan buenas dotes! Bienaventurado, sí, porque los desmayos, ese poderoso recurso que con tanta facilidad imita la muger de moda, es el fantasma mas horrible para llenarle de sustos, la mejor venda para sus ojos, y la mordaza mas fuerte para sujetar su lengua, cuando pretendiese desatarla contra su muger, culpable ó no.

¿Qué mas puede apetecer un marido, sobre todo si tiene frente ancha y temperamento linfático?

La muger de moda, en contraposicion á la muger á la antigua, estará ávida de emociones. Sin emociones, y emociones fuertes, no puede vivir. Y ese mismo anhelo de emociones que la inquieta es causa muchas veces de que se estravíe del curso normal, trazado por la sociedad, consecuente con la naturaleza para distinguir á la muger del hombre, cuya esfera invade con la mayor intrepidez, como vamos á probar siguiendo el método que nos propusimos.

La muger á la antigua es en sus diversiones inocente; cualquier cosa la entretiene, ignora el uso de las cartas, y cuando mas, sabe la combinacion de la treinta y una, ó la brisca; ó juega á la loteria un rato por las noches en el seno de su familia, donde suelen atravesarse algunas fichas de marfil en defecto del dinero. Ya veis qué cosa mas ramplona, la brisca, juego viejo, prosáico, de aguadores en fin: y por lo mismo no os sorprenderá; ¿y á qué sorprenderse por otra parte, como no sea en fuerza de vivo interés, de esa inclinacion irresistible que debe excitar en todo hombre razonable ver cómo la muger de moda maneja las cartas, y tira un entrés, por ejemplo, con mas gracia y limpieza que un jugador de manos? ¿A qué sorprenderse viéndola embebida en el juego con el afán de un avaro, entregar su alma *femenil* á merced de las oscilaciones que la agitan, y cuya violencia no resistiria en algunos momentos la de un veterano, templada con las durezas de una azarosa guerra?

Por lo que hace á mí, paladin meritorio, como podreis observar, de la dama que me ocupa, puedo decir con sinceridad que me gusta siempre por menudo y en conjunto; pero que en ciertos momentos... v. g. cuando la encuentro en medio de una sociedad de *tono y sonido*, ó en una *soiré* de familia *con circunstancias* (y que en Madrid abundan), tan bella, tan radiante, tan cándida como lo exigen sus diez y ocho acriles, y veo que se desliza de entre sus compañeras, abandona la sala de reunion que la cansa, huye el bullicio del baile, para introducirse en un cuarto interior donde reina un silencio sepulcral, interrumpido solo por algunas frases cortas, y *cortantes*: cuando la veo escurrirse con tanta gallardía y hacerse un lugar á viva fuerza, porque el dinero espanta la galantería, que no permanece entre las personas que apiñadas unas contra otras rodean una mesa, con los ojos clavados en una carta, y el alma en los ojos, á juzgar por la expresion de todas las fisonomias: cuando veo su blanca y delicada mano alargarse, á la par que la velluda y callosa de un tremendo coronel que hizo su suerte en Marruecos á fuerza de remo, y depositar con la mayor finura una moneda amarilla ó un billete azul muy plegado, próximo á una carta que tiene al lado la contraria... entonces me arrebató, lector! Y no te sucede lo mismo? Entonces la... la...

Cada uno puede poner lo que guste delante de ese *la*; y á ver si entre todos los que la presente vieren y entendieren aciertan con el merecido de esta danza de tales y tales circunstancias, al proceder de tal y tal manera! Y vea usted: todo por buscar emociones, ahí está el busilis.

Para distraer la monotonía, esa lentitud con que rueda á sus ojos el tiempo, efecto de lo bien que lo aprovechó antes, necesitaría por lo menos seis emociones por la mañana al desayunarse, nueve ó diez antes de comer, y otras cuatro ó cinco con el té al acostarse: Pero que sean fuertes, muy fuertes. Asesinatos!!! Terremotos!!! Grandes acontecimientos, muy grandes!!! Para menos, no hay de qué.

Se parece en esto á los grandes bebedores, ingleses sobre todo, para cuyo paladar no tiene atractivo otra bebida que el rom, y ese de treinta y ocho grados siquiera.

Reasumiendo el precedente punto de comparacion, diremos, valiéndonos de otra que la muger á la antigua, en cuanto al sentimiento que encierra es como fuego del carbon, que á

pesar de su intensidad se revela poco en la opaca luz que despiden, mientras que la muger de *piston* (pues me cansa ya la cho brillo y poco calor, que es lo mismo que decir, mucho ruido y pocas nueces).

Ultimamente, tanto en las grandes cosas, si grandes las puede tener una muger, como en las de menos trascendencia, en que abundan todas, habrá notable diferencia entre las dos propuesta como tipos. Hasta en el nombre, que es un *sutinguireis* con facilidad. La de ustedes llevará el del santo del etc. etc. nombres prosáicos, y de calendario todos, cuya sádez no podria resistir la originalidad (y perdonen el galicismo) de mi dama, interin rueden por las novelas románticas (su lectura favorita), los de Adriana, Tránsito, Elvira, Candelario, y... hasta Candelero, si ustedes me apuran, primero que sujetarse á recibir la salucion en el nombre de un santo gastado de puro viejo!

Por lo cual aconsejo á todos y á cada uno de los que fijen sus amorosas y rendidas miradas en las atrevidas de mi heroína, que cuenten antes de embarcar su corazon con mudarle el sobre si se llaman Juan, Perico, etc. etc. y especialmente si anda cerca un Rodolfo con cabellos rubios.

## CAPÍTULO V.

## SE CIERRA EL DESPACHO POR HOY.

Era una tarde deliciosa, como lo son la mayor parte de las del mes de octubre en Madrid, y hallábase hablando con un amigo sobre lo mismo que acabo de escribir, cuando distrajo nuestra vista, interrumpiéndonos la conversacion, una señora de setenta febreros (que no siempre han de ser abrilés ó navidadés), con su rostro tan surcado de arrugas, como cargado de adornos su cuerpo, mas cargado de adornos, que de alambres una chaquetilla torera.

Apeöse de un soberbio carruaje á la entrada de la calle del Carmen, y nosotros, que estábamos próximos, seguimos viéndola entrar en uno de los comercios mas lujosos de Madrid. Desde luego llamó nuestra atencion el contraste que ofrecia la tal persona con aquellos aparejos que ponian mas en evidencia lo que ella se propuso, sin duda, disimular mas al ponerse. La elegante capota de punto de encaje finísimo recargada de flores con que cubria su cabeza (y parte de la peluca); el magnífico pañuelo de crespón color de canario, sembrado de flores y bordaduras, que solo los chinos trabajan con perfeccion; adornos tan escogidos, colores tan brillantes en una palabra como los que componian su traje: todo junto, y cada cosa en particular, parecia que iba burlándose de las innumerables arrugas que cruzaban la vetusta fisonomía que quiso con ello rejuvenecerse. Tan extraño parecia tal traje, envolviendo al cuerpo aquel. Semejaba la dicha señora al ciego de quien se sonrie maliciosamente, cual si tuviera intencion de hacerle una jugarreta como en despique, el monaguillo travieso que buscó para su apoyo cuando mas hubiera deseado jugar con sus iguales. Pero si chocante era su traje, éralo mas su compañia. Caminando, efecto del vigor de sus años, con igual majestad que una reina coja, llevaba en pos de sí un perrito tan menudo y redondo como un rollo de lana con ojos; una perrita inglesa, larga y estrecha; una criolla de Campeche; un negrito del Japon; un lacayo asturiano, y un marido andaluz. Digna por cierto de figurar en cabeza de tan heterogénea familia. Dentro apenas del establecimiento, observamos cómo la dirigia una descarga cerrada de cumplimientos, uno de los dependientes, que conocia demasiado cuánto valor daban á sus mercancías, y á los ojos de la señora, aquellas mil palabras, insulsas, cuando no impertinentes, para otro cualquiera.

En un momento se llenó el mostrador de sedas, encajes etc. etc. que el dependiente sembraba en él, dejando caer al mismo tiempo como al descuido estas palabras.—Vea usted si le agrada, señora mia, pues yo no quiero mas precio que su aprobacion.—Me doy por satisfecho con que ponga un corte para acreditar el género, una de las mas bellas, y la primera entre las elegantes de la coronada villa.

Palabras que hacian el mismo efecto en el bolsillo de la señora respecto al dinero, que una chispa caída en la Santa Bárbara de un buque respecto al cargamento. Desaparecia por arte mercantil, ya que no de encantamiento.

—Y bien, dijo mi amigo interrumpiendo el silencio, hé ahí un buen tipo para ensayo de un escritor novel de costumbres.—¿Pues qué, continuó al ver que por toda respuesta asomaba á mis labios una sonrisa, podrás negarme que se presta ese lienzo para dar algunos toques, ya morales, ya criticos, ya satíricos, ó de los tres colores á un tiempo, cuando así se choca contra las leyes que la moral impone, y que ha impreso la naturaleza en otros tantos y tan indelebiles artículos como arrugas tienen esa y otras vetustas que por desgracia abundan, y que quisieran sin duda que el tiempo retrocediese?

Ni este trozo de moralidad, con toda la enerjía y expresion con que lo acompañó mi amigo entusiasmado, fué bastante á desterrar de mis labios la sonrisa, que acaso iba ya á provocar por su parte y contra mí alguna interjeccion ó epíteto mal sonante, cuando le dije:

—Lejos de enfadarte porque pudieras creer que desatendia tus justas observaciones, juzgo que no me las hubieras hecho, si pensando bien lo que hablabamos antes, miraras con detencion esa vieja-verde.

—Menos te comprendo ahora, replicó mi amigo.—Veamos, le dije. ¿Qué diferencia encuentras entre esa señora, y la que acabo de retratar?—Mira bien los colores, y verás en qué consiste la semejanza de ambos cuadros.

—Tienes razon, dijo entonces, como pudiera decir «ya vean uno á quien quitarán la venda que cubria sus ojos; y efectivamente esa señora seria á su edad una muger de moda.

—No lo seria, que lo es: la misma que acabo de retratar; solo que á favor del talisman con que escribo, la he hecho envejecer de repente para presentarla con todos sus atractivos en los períodos mas notables de su vida.

—Pues, amigo, tal cual es, en ninguno me gusta, y no daría dos cuartos por todas las mugeres de moda.

Con esto nos separamos: y yo preocupado con la última frase de mi amigo (que aquí para entre nosotros, y ahora que no lo oye, es hombre de juicio), me preguntaba... ¿si tendría razón aquel ciego vendedor de mugeres?...

FIDEL GARCÍA LOMAS.

ARTILLERIA ELÉCTRICA.

Qué dirá el Congreso de la Paz, esa distinguidísima asociación que proscribió los soldados de plomo, los morriones de cartón y los sables de madera, cuando sepa que los artilleros franceses tratan de convertir en pólvora la electricidad? Se me figura que el congreso no dirá esta boca es mía, sino que se dará por muerto y pulverizado.

Voy pues á hacerle un importantísimo servicio, anunciando ese terrible descubrimiento; pero procediendo al mismo tiempo con la esquisita delicadeza que en semejantes casos es propia de todo periodista filántropo.

Nada es mas cierto! El antiguo cañon perece... el cañon antiguo ha muerto. Coloquemos sobre su tumba algunos cartuchos.

A estas horas se preparan en Vincennes ciertos experimentos que, segun dicen de allá, serán decisivos. ¿De qué se trata? De que la fuerza eléctrica lance hacia donde se quiera una nube de esos confites llamados vulgarmente balas de cañon. La consecuencia es clara: esa tempestad de nuevo género, revolucionará muy pronto á la artillería de todas las naciones. ¡Y luego dirán que en este siglo no se inventan cosas útiles! Sabido es que los hombres no han llegado todavía á destruirse con toda la rapidez necesaria, era indispensable remediar el mal: desde hoy nos aniquilaremos mutuamente á estilo de relámpago.

El salitre tuvo su época, y ya no servirá el algodón mas que para hacer gorros: hasta el vapor se queda á retaguardia. Paso al gran agente de la mortandad universal.—Paso á la electricidad.—¿Qué gusto será presenciar la construcción de cuatro ó seis hileras de baterías galvánicas contra los muros de una ciudad! Ya se entiende que con el nuevo método respirarán todos los gobiernos; porque, ¿que ha de hacer la revolución contra tan certera artillería?

Se ha abierto para los físicos un gran porvenir militar, porque en vez de producir conmociones pasajeras, moda que ya va pasando y que solo durará lo que dure la de tener nervios, solo emplearán sus aparatos eléctricos en derribar castillos y en barrer batallones. La ciencia sacará al menos algun provecho de sus adelantos.

La artillería eléctrica es una mejora en el arte de acabar con el género humano, y yo la colocaría en los primeros capítulos de todos los tratados de medicina, como remedio espedido ó infalible contra todas las dolencias humanas: el vomipurgativo de Mr. Le Roy, que hizo tantos milagros, solo contiene el jugo de unas cuantas plantas venenosas; en el sistema homeopático no se trata mas que de acostumbrarnos al arsénico y la nuez vómica, como diz que los africanos se acostumbraban al opio: con la electricidad es otra cosa, porque nos vamos á familiarizar nada menos que con las centellas y los rayos.

Las batallas... no hay duda, se acabarán mas pronto; la mas dudosa y reñida, en cinco minutos. ¿Quién las ganará? Hecha la ley, hecha la trampa. ¿No se atrae al rayo? Pues bien; se atraerá á la bomba cargada de fluido eléctrico.

El general en jefe, ó Júpiter Tonante del ejército, cuya artillería sea eléctrica, llegará á verse con el tiempo en un conflicto. Supongamos que se le presenta una division de coraceros arrastrando prolongadissimos conductores del fluido, ó sean para-rayos, y que al divisar la artillería, vuelve grupas dicha division: grita el general: fuego en toda la linea... ¡Pum! ¡Puuuum! ¡Puuuuuuuuuum! Y ya está el general solo y huyendo á todo escape. ¿Cómo así? La razon es muy sencilla; porque los conductores de los coraceros han atraido al fluido eléctrico, el fluido eléctrico á los cañones, y los cañones á los artilleros: cate usted á toda la electricidad pasando en cuerpo y alma al enemigo.

Ea pues, señores miembros del Congreso de la Paz, para acabar con la guerra es preciso, ante todo, inutilizar sus mortíferos instrumentos: los sermones para despues. Hagan ustedes pues gran provision de hilos metálicos, y repártanlos á todos los ejércitos conocidos y por conocer. De este modo quedarán paralizados los efectos de la artillería eléctrica, y serán ustedes capaces, acto continuo, de hacer que fraternicen las naciones, dando traducciones universales de esos famosos discursos, que nadie lee mientras hay pólvora y balas.

Los Pick-pockets en Paris.

Los ingleses son eminentemente originales, supuesto que en todo se singularizan: así, en vez de llamar sencillamente rateros á los rateros, se han complacido en darles el nombre de pick-pockets, que sin duda alguna es mucho mas difícil de pronunciar.

Que lo digan las personas imparciales. Por lo demás, y segun afirman distinguidos viajeros, los ingleses dedican á la ciencia del robo esa atencion perseverante que les conquista tantos triunfos en todas las artes mecánicas; de modo que los pick-pockets han llegado á una perfeccion increíble por lo que toca al oficio de esplotar á los saqueadores de Londres.

En Madrid, á pesar de los encomios que se han prodigado á la habilidad de los tomadores del dos, ¿qué hacen estos? Tiran á lo sumo de las puntas de un pañuelo, que asoma por el bolsillo de un gaban y parece decirles, robadme: tomar las de Villadiego despues de una suerte echada: esto es, echar á perder la suerte que no han ejecutado mal.

En Londres un pick-pocket que robe un pañuelo con semejantes condiciones, sería silbado por sus colegas, y no osaría presentarse en el Pick-pocket-club, que como nadie ignora, es uno de los establecimientos mas confortables de la capital del reino unido.

Un ratero inglés, que mira por su propia estimacion, tiene

buen cuidado de no robar el pañuelo á un babieca, á no ser que este, advertido á tiempo, trate de defender á trompis su propiedad.

Por lo demás, sabido es que los pick-pockets prefieren por lo regular pesar relojes, cajas para tabaco y sobre todo bolsas que no esten vacías.

En el penúltimo caso, siempre tienen cuidado de dejar el tabaco en el fondo del bolsillo del robado; saben que un hombre que se ve privado de tomar un polvo, cuando lo apetece, sufre un verdadero suplicio, y los pick-pockets son filántropos, como todos los ingleses; roban á su mismo padre, porque tal es su profesion, pero morirían de pena si supiesen que padecía moralmente.

Y no solo son filántropos, sino que se precian de perfectos gentlemen. La prueba es que la mayor parte de los rateros de Londres... es decir, de los pick-pockets, acaba de emigrar á Francia.

Habiendo sabido que una nube de caballeros de industria de todas las naciones habia caído sobre Londres, para permanecer allí mientras durase la Esposicion Universal, los pick-pockets creyeron que el mejor modo de hacer los honores, como se dice á la francesa, de su ciudad, era ceder á dichos extranjeros todos los puestos en que ejercian su industria. Quinientos ó seiscientos truhanes de Londres se encuentran hoy en Paris, donde han dado ya pruebas de su gran destreza por medio de golpes atrevidos y sorprendentes.

Los relojes y el dinero desaparecen como por encanto en todos los sitios-públicos frecuentados por la multitud; nunca se han visto despojados de este modo los habitantes de Paris.

El resultado será que los pick-pockets, despues que acaben de despojar á la capital de Francia, se robarán unos á otros por no perder el tiempo.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

GRUPO DE RELOJES.

Esta obra verdaderamente admirable ha salido del obrador de Mr. Detouche, cuyas vidrieras, riquísimas en este género, han llamado muchísimo la atencion en el palacio de Hyde-Park. El trabajo de tan hermosa pieza es esquisito y la exactitud de las horas sorprendente, de modo que el curioso no puede menos de recordar el famoso reloj que en 1849 espuso el mismo fabricante.

ESTATUA MONUMENTAL DE LA REINA VICTORIA.

Este importante trabajo, uno de los mejores productos de la Esposicion francesa en Londres, fué emprendido por la sociedad de minas y fundiciones de zinc de la Vieille-Montagne, con el fin de atestiguar los progresos de la fabricacion, y la posibilidad de aplicar el zinc, lo mismo que el cobre, á la reproduccion de objetos artísticos.

La esperiencia no deja en cuanto á esto la menor duda, supuesto que el zinc ofrece todas las garantías posibles de solidez y duracion, y la ejecucion de la estatua de la reina Victoria, asi como la de los adornos del pedestal, prueban, por la fuerza de la fundicion y la finura del cincelado, que dicho metal admite el mismo grado de perfeccion que el cobre.

El hábil estatuario Danton se encargó del modelo, y su conclusion demuestra la inteligencia con que ha sabido dar cima á tan difícil trabajo, pues ha sido exacto en el parecido de la reina.

Los adornos del pedestal son hermosísimos y están ejecutados con inimitable maestría y una elegancia de pormenores que sorprende: el escudo de armas de Inglaterra tiene una cinceladura tan delicada, como si se hubiese hecho en un estuche.

BIBLIOTECA DE PALISANDRO.

Mr. Blanqui ha prodigado grandes elogios á esta obra, que es efectivamente de un mérito incontestable, mirada bajo el punto de vista de su trabajo material: tanto las columnas que dividen la estantería, como sus adornos, revelan la habilidad de las manos que los han elaborado, con una delicadeza y primor sorprendentes. Parécenos sin embargo que su dibujo no es muy acomodado al uso del mueble, que hay mucho espacio ocupado por la parte maciza de las columnas, y que la colocacion de los libros no guarda simetria con el remate superior de la biblioteca.

PIEZAS DE PLATA DE MR. LAZICO.

Ha llamado mucho la atencion el mérito indisputable de estos diferentes objetos, trabajados con una finura y delicadeza notables. Se distinguen entre las demás piezas el grupo histórico colocado al pié del árbol, la copa en figura de gallo, el cazador y las dos copas bizantinas, una de las cuales representa una piña.

LA FUENTE EN EL DESIERTO.

Este grupo está ejecutado en plata y se destina probablemente á figurar en algun servicio de mesa. El asunto del diseño es oriental.

Lo que mas admira en esta clase de obras inglesas es la riqueza de los lineamientos, ya se encuentren en los trajes, ya en los rostros, casi siempre expresivos á pesar de su serenidad, y que revelan figuras varoniles, á las cuales inspira el estudio una animacion completa.

VARIOS OBJETOS DE PLAQUÉ.

La platería inglesa ocupa en las artes un lugar muy distinguido, pero en la Esposicion se han presentado obras de la casa de Sheffield, que puede decirse llegan ya á la perfeccion. El plaqué moderno, sin embargo, se diferencia del usado en dichas obras; pues se precipita la plata sobre una superficie de cobre ó de plata alemana por medio de una cor-

riente eléctrica, de una solucion de óxido de plata en el cianuro de potasa ó de otra solucion cualquiera.

El plaqué de Sheffield se obtiene segun las reglas del sistema antiguo: consiste en unir una pieza de plata á otra de cobre, esponiéndolas acto continuo á un grado de calor necesario para que la cohesion sea perfecta: despues se doblan en hojas y se les da la figura que se desea.

Para que la baratura en los objetos de plaqué sea una verdad, conviene que todas las clases de la sociedad puedan aprovecharse de los descubrimientos modernos relativos á este arte.

Las piezas, cuyos grabados ofrecemos, estan trabajadas con un primor y elegancia inmejorables.

BUFETE POR HOWARD É HIJO DE LONDRES.

Los fabricantes de muebles que mas se han distinguido en la Esposicion de Londres son los austriacos y franceses: al menos, esta es la opinion general. A pesar de todo, los ingleses por su parte se han llevado la palma, sino por la elegancia, de seguro por la riqueza de los adornos. En prueba de nuestras palabras, recordamos el magnífico bufete de los señores Howard é hijo, digno de figurar en el despacho de un monarca.

Con mayor dosis de gusto artístico, los ingleses nada tendrían que envidiar á las demás naciones, en cuanto á la construcción de muebles, sobre todo teniendo á su disposicion las preciosas maderas que les suministran sus colonias de las Indias Orientales.

CAJA PARA GUARDAR ALHAJAS.

Este lindo objeto es de bronce cincelado, dorado á fuego, y tiene una magnífica cubierta de terciopelo encarnado. La parte anterior se abre hacia abajo y presenta á la vista tres divisiones con muchos cajoncitos para meter alhajas. Adorna el centro un escudo de armas, y contiene además otras muchas labores de bronce dorado. Es obra de Augusto Wollack, de Weimar, y tiene el número 767 en el catálogo alemán.

CANDELABRO DE MR. CHOPIN.

Esta hermosa pieza de bronce contiene ochenta y un brazos para bujías y cuatro globos-quinqués de Casal: estos producen con sus llamas un efecto magnífico, que no decae cuando se encienden las bujías: Mr. Chopin ha dado con esta obra una prueba de sus conocimientos artísticos, desechando la uniformidad del alumbrado por medio de la alianza de los dos métodos que en él se emplean generalmente.

Las ramas de este mueble se dividen en dos series ó ramilletes; uno colocado en la punta y otro en el centro del candelabro. El primero tiene mas candeleros figurando tallos, de los cuales penden guirnaldas festoneadas de flores delicadamente talladas: en él se encuentran reunidos los cuatro globos de Casal, que hemos mencionado.

No es menos elegante, aunque mas sencillo, el segundo ramillete del centro: sus ramas exteriores están sostenidas por varias Chimeras, cuya parte inferior del cuerpo va á perderse entre las molduras adherentes á la columna, y que en este punto forman una esfera. Respecto á las ramas centrales, se separan de las primeras acercándose al eje: este es acanalado, está lleno de florones y cinceladuras, y acaba en tres piés, que descansan en un espacioso canastillo de flores; trabajo impropio, ejecutado con particular esmero y con una paciencia digna del objeto.

Este candelabro tiene quince piés de altura y siete de ancho en la base: su valor asciende á 64,000 rs.

CAPRICHOS DE ORO Y PLATA.

Bien sabido es que Sir Moses Montefiore ha estado mucho tiempo en Oriente, como encargado de los intereses de la nacion judaica, á la cual pertenece. En recompensa de los servicios de este hombre de estado, le han regalado sus correligionarios un objeto esculpido de oro y plata, trabajado por Mr. Brown, uno de los artistas mas distinguidos en este género. Los dibujos son de Sir J. Hayter, y se refieren á la historia hebrea de los tiempos antiguos y modernos.

Las esfinges de la base representan la cautividad de los hijos de Israel en Egipto: las figuras colocadas encima son Moisés, Esdrás, el gran libertador del pueblo, un judío de Damasco cargado de cadenas, y otro judío libre.

Debajo de estas estatuas se ven leyendas hebraicas, y la viña y la higuera se enlazan y las rodean, cayendo graciosamente por los lados de la composicion general.

El grupo del remate representa el combate de David contra el leon. La enerjía del vencedor se revela perfectamente en las facciones del pastor hebreo; su fuerza muscular está expresada con propiedad, y las proporciones académicas de toda la obra la hacen un modelo de estudio.

Los bajo-relieves indican el paso del mar Rojo y la derrota del ejército de Faraon.

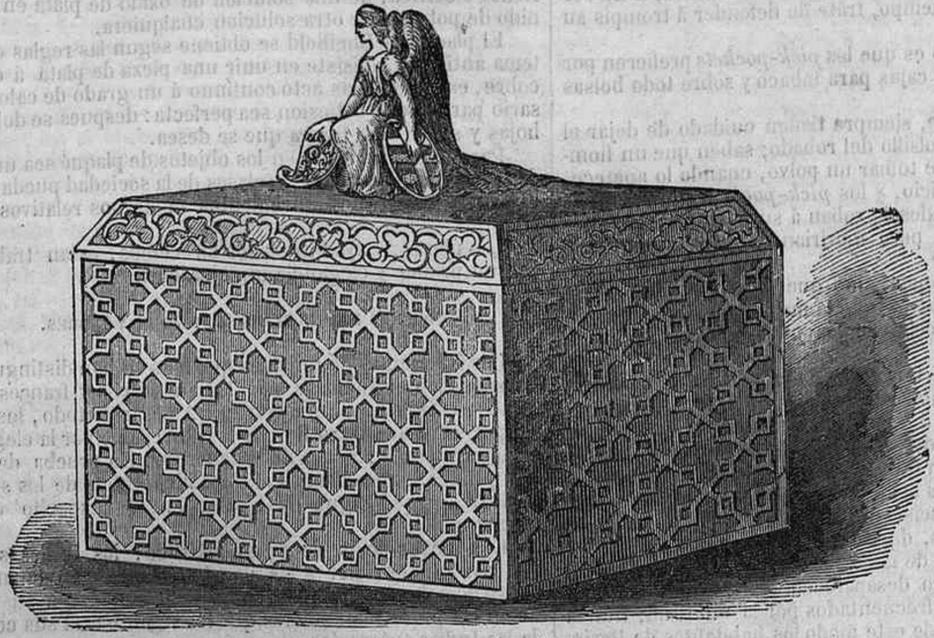
El empleo de la violencia y el desprecio del derecho se manifiestan en uno de ellos, que nos presenta varios lobos devorando un rebaño de corderos: por último, en las caras laterales pueden reconocerse asuntos biográficos de los mismos héroes antiguos: tambien están Sir Moyses y Lady Montefiore en su viaje á Alejandria: el primero consiguiendo un firman del Sultan.

La única observacion crítica que puede hacerse á tan magnífico trabajo se refiere á su complicacion.

El mérito de la elocuencia consiste en evitar la profusion de palabras y en decir con las menos posibles muchas cosas.

PUNTE AEREO DE GOMA ELÁSTICA.

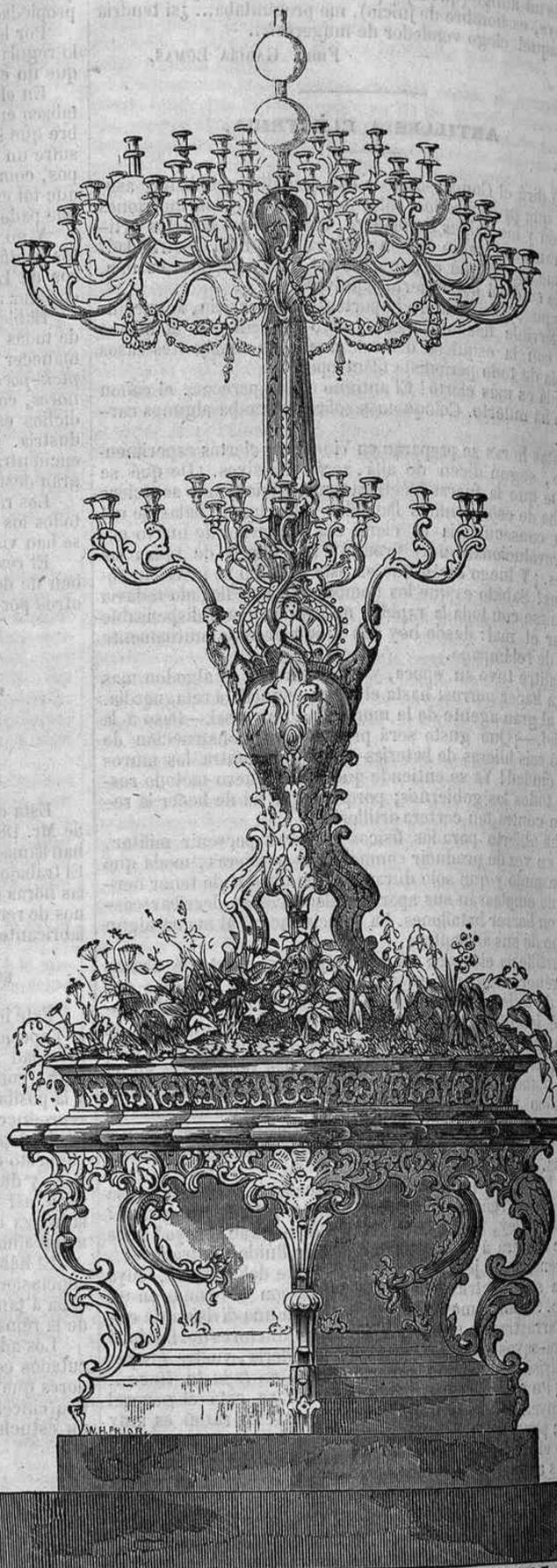
Hé aquí una de las mas animadas muestras del carácter descubridor de los americanos. Con el auxilio de este puente que se prolonga ó se encoge, y que además se trasporta fácilmente, no hay obstáculos que detengan la marcha de un ejército en campaña. Rios, precipicios, montañas, nada puede ya entibiar el ardor del viajero ó del soldado, y estos accidentes de la naturaleza se convertirán en decoraciones mas ó menos pintorescas.



Caja para guardar alhajas.



Capriccio de oro y plata, presentado á Sir Moses Montefiore.



Candelabro de M. Chopin.

SILLON.

Mr. Janselme ha espuesto gran número de sillones, butacas y sillas de brazos de diferentes hechuras. El que representa nuestro grabado de este número es de un trabajo esquisito, aunque parece como una tentativa hácia el estilo llamado *imperial*, por su figura, y estilo incompatible ya con nuestros usos y costumbres.

Por lo demás, es sumamente cómodo, y no puede negarse mucho mérito á su perfecta ejecucion.



Sillon por M. Janselme.



Puente aéreo de goma elástica.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

«Sa  
abu  
cale  
Igle  
eas  
Alto  
rech  
za o  
sem  
vas  
que  
cion  
  
ba c  
pres  
sun  
de l  
mas  
  
bir l  
con  
villa  
cesi  
tas  
en l  
toro  
sala  
rial  
que  
pla  
ble,  
sias  
gulle  
todo  
mos  
el a  
me  
tar e  
de l  
aque  
tita  
circu  
comi  
barri  
nom  
los ci  
que  
opin  
naba  
y que  
la s r  
simp  
ta de  
tores  
más  
oído  
—Pr  
per t  
mes  
dere  
plido  
Aqu  
dia, v  
otro  
san t  
Igles  
con  
cion  
les di  
abrie  
bien  
bres  
para  
visita